

EL JUEGO DE LAS CASITAS

“¡Rrrriiinngg!” Sonaba el timbre en medio de un revuelo de palomas. Allí estaba Valeria, desde su media docena de años, con su contagiosa sonrisa, apurando mi respuesta:

—Cris, ¿está Mariela?

—Pasá nomás, está en su cuarto.

Ella, sin hacerse rogar y sintiéndose como de la casa, me guiñaba un ojo traviesa. Una rubia muñeca asomaba debajo de su brazo, moviendo al festón de su vestidito rosado.

Su peculiares saltitos hacían subir y bajar a sus armados bucles castaños. ¡Eran tan parecidos a los míos...!

Sin embargo, eran sus bailarines hoyuelos de duende los que me contaban de alguna pícara travesura que ella se traía entre manos, y también, los que me hacían distraer de lo que estaba haciendo al sonar el timbre: la leche se derramaba y, ¡las tostadas se me estaban quemando!

Tú Mariela, como un viento perfumado y con las mejillas sonrosadas aparecías en medio de mi correr hacia la hornalla. Tus rubias coletas y sus cintas color arco iris, me demostraban que aquel apartamento 4, aunque fuera interior, siempre gozaba de un sol brillante.

Por supuesto, al instante, captaba sus risueños cuchicheos cómplices que iban de la mano de aquel acarreo constante...

Ustedes dos, ¡qué hormiguitas laboriosas! Iban juntando objetos variados que encontraban de camino; desde mi nuevo saco de lana hasta aquella muñeca que lloraba incesantemente, desde chiripas de tu hermana hasta toallas y sábanas recién lavadas. ¿Y adónde las llevaban? ¡Siempre al mismo lado! Hacia debajo de la mesa del comedor, allí donde pasaban horas y horas jugando al Juego de las casitas.

En aquel trajín se iban sumando tacitas y platitos de té de plástico, manzanas de verdad que salían de mis placares, talcos, peines y frasquitos perfumados. Pero, en realidad, lo que más me asombraba, era lo bien que colgaban desde el vidrio de la mesa hasta el piso del monolítico, aquellas sábanas y toallas que oficiaban de paredes

infranqueables...¡Con qué urgencia las veía apurarse para cerrar aquella puerta de entrada! ¡Con qué pícara sonrisa de oreja a oreja me decían ¡hasta luego!, antes de acomodar el último pliegue de la sábana...! Ustedes dos ya se convertían, ni más ni menos, que en madres en miniatura, en desenvueltas amas de casa; y, sacando mucho pecho, en dueñas de aquel espacio.

¡Cuántas veces lograban desmadejar historias verosímiles y otras, realmente fantásticas...! Pero lo que más me conmovía y me hacía suspirar, eran aquellos arranques de novelería y ternura, con los que hábilmente tejían todo aquello que algún día sería el vívido recuerdo de vuestra infancia.

Con curiosidad yo me preguntaba: “¿Se darán cuenta Mariela y Valeria que en este momento, están hilvanando en un recorrido indeleble a sus propios sueños de madres adultas? “

Ellas, para sacarme de tan seria pregunta, como desde una cajita de música me hacían escuchar esta melodía:

—Cuando seamos grandes vamos a vivir juntas en la misma casa con los niños (de los maridos no hablaban). ¡Vamos a conocer lugares preciosos! (de trabajo y dinero tampoco se preocupaban). ¡Vamos a tener un perro enorme de raza! (dónde viviría, ni lo consideraban).

Entrecerrando los ojos, yo recordaba mi media docena de años, en receso de cuadernos y lápices, jugando con mi prima Gaby...Pero, como daba la casualidad, que justo estaba parada, frente al espejo del aparador que había sido de mi madre, ¡no podía hacerme trampas al solitario...!

“¡Cuántos centímetros había crecido desde aquel verano! ¡Cuánto más estilizada estaba...! ¡Oh! ¡Qué espantoso! ¿Cómo podré alisar los rulos de mi cabello tan ondeado?”

Al encaminarme a mi cuarto en busca del cepillo pensaba: “Le preguntaré a Gabriela si se acuerda dónde están guardadas aquellas muñecas“...

Sin embargo, al chocarme con la cama grande, un tintineo de campanita me recordaba otro instante de mi vida, aquel: “Sí, acepto en las buenas o en las malas, hasta que la muerte nos separe“. ¡Ahora sí que estaba del otro lado de aquel mundo de niñas – madres...!

En un segundo, de la ternura al pánico, se me iba transfigurando la cara...

¡Con qué desesperación, en un ataque de fantasía me esforzaba por imitar a aquel oportuno movimiento de nariz de "Hechizada"...! Caía recién en la cuenta, de que a la una en punto, las niñas deberían estar con uniforme, entrando a la escuela.

Rápidamente pues, muy orgullosa me dirigía a mis escasas ollas compradas en cuotas. Sólo restaba descolgar de detrás de la puerta al delantal buchón, que había conocido mis primeros nefastos experimentos culinarios...

Ya coincidíamos con mis vecinas de enfrente...

—¿Qué cocinaré de rico? ¡Ese, era nuestro desafío cotidiano!

Preguntas como éstas habitualmente surgían mientras yo le ponía la sal al agua:

—“Mariela, ¿no te parece que tendríamos que abrigar un poco más a los niños?”
“¿Adónde podríamos llevarlos a pasear con este frío?” “Valeria, ¿ya será la hora de hacer la comida? ¿Qué torta haremos para la merienda?” “Mmm, me parece que el bebé tiene sueño, le voy a poner el pijama. ¡Chist, niños! ¡A dormir un ratito!”

Yo, como buena vecina chusma, sentía el despliegue de ollas, tacitas y frasquitos; escuchaba suspiros por falta de abrigos o por quintos de fiebre, me asombraba por cuantas aceitunas le ponían a aquella tarta salada y,...por la cantidad de chocolate que bañaba alguna torta de cumpleaños.

¡Qué gracioso era aquello! Mientras yo hervía el arroz, ellas, tomaban té con masitas, mientras, lavaba ropa a mano, ellas se deleitaban con milanesas con papas fritas, y mientras yo hacía las camas,... ellas, llevaban a toda la prole y a los dos perrazos a pasear al parque.

¡Qué rápido se iba la mañana! ¡Qué pronto sonaba el timbre de Susana desarmando el campamento, con el uniforme de Valeria flameando en la mano...!

¡Qué rápido pasaron los años! ¿Qué fue de las tres protagonistas de este cuento? ¿Adónde las llevó la vida? ... ¿Seguirán siendo Mariela y Valeria, tan amigas como antes?

Para comenzar con las respuestas, el hijo de Valeria de 9 meses, se llama Enzo Mauricio, y Facundo, el hijo de Mariela, mi nieto más pequeño, es una belleza de siete meses.

Valeria, vive en Estados Unidos desde hace unos años, y Mariela, con su esposo, en Montevideo, en una linda casita, justo frente a la mía.

Por supuesto, sería lo máximo para estas dos laboriosas hormiguitas, visitarse cuando se les diera en gana, intercambiar bebés en sus regazos, agasajarlos con purecitos dulces o salados, sentar un bebé al lado del otro en la calesita del parque.

¡Pero algo sucedió...! Ahora, ellas ya reconocen esa tensa línea que marca el límite, entre los logros y los sueños, entre el hoy y el mañana, entre la realidad y la fantasía,... entre los hijos y los padres. Y por supuesto, también, aprecian la diferencia, entre el teléfono de baquelita y la cámara web con pantalla plana ... A través de ella, se ven y se comunican a diario, confirmando una vez más, que la amistad es el riego diario de una flor, ...y que la cercanía emocional no depende de los kilómetros de distancia.

Es común al caer de cada tardecita, encontrar a Valeria en la pantalla de la computadora de la casa de Mariela. Ella conserva los mismos hoyuelos en las mejillas, la misma mirada traviesa; evocando el olor a tostada quemada, la imagino entrar con su muñeca.

De este lado de la pantalla, derrochando ternura por sus lindos ojos almendrados, y siempre al firme, ¡allí esta Mariela! Observa, escucha, reflexiona, saborea al máximo cada movimiento, cada palabra de su amiga, igual que lo hacía debajo de la mesa del apartamento 4. ¡Cómo se ilumina el rostro de mi hija...!

También pasan aceitunas o chocolate en alguna receta, precios de Baby Gap, monosílabos de sus retoños, colores, alegrías o tristezas.

Por mi parte, a pesar del cuarto siglo que me ha caído encima, mantengo la figura bastante estilizada, la sonrisa a prueba de agua, y la ilusión por abrir una ventana. Ya no me haría aquel espantoso brushing, ni siquiera para ir a dormir. ¡Ahora asumo y me encantan mis rulos rojizos, esponjosos y ensortijados...!

Todos los tamaños necesarios de ollas están guardados en mis placares, y mi delantal ya no es paleta de pintor, ¡agradece la experiencia de los años!

Con mi siempre amado y otrora flaco marido, vivimos en una casa bastante grande para dos, pero suficiente para albergar bajitos inquietos. Quizás algún día, llegue el momento de achicarnos a las dimensiones de aquel apartamento 4, o de vivir más cerca del mar; de la línea del horizonte.

¿Valeria y Mariela? Como ya crecieron, aprendieron mucho de la vida con el: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar..." "que canta Serrat, a cada generación, que crece y adolece en todo el planeta..."

Y lo que sí sabemos las tres con total certeza, ¡es que nunca hay que dejar de soñar, por más dura que sea la realidad! Fue por eso, que en un día nublado salió el sol con estas palabras:

—Sabés, mamá, Valeria vendrá a Montevideo a pasar las fiestas. ¡Llegará justo para ver a Facundo soplar su primera velita!

En ese momento, pasó por mi mente una de mis queridas escenas de las laboriosas hormiguitas en un día cualquiera. Se preguntarán: “¿Qué haremos de rico? “, mirando las ollas de acero de Mariela. Y a continuación dirían graciosamente: “¡Chist, niños, a dormir prontito! “ ¿Se harían entonces las muy enojadas?

Pero como todo parece un cuento, ellas ya llegaron a mis años, de dueñas de delantal buchón y de cabellos prensados... Ahora son ellas las que recuerdan muñecas, batitas, sábanas y frasquitos de perfume. Son ellas las que amplían poco a poco su batería de cocina, ¡son ellas, las que algún día no podrán entrar al mundo de fantasía de los hijos que les dio la vida!

Lo que sí sé por mi parte, es que desde la casa de enfrente, con una sonrisa voy a recordar sus carcajadas; y comprenderé una vez más, al verlas con sus hijos en brazos, ¡que ese es su propio espacio! Trataré también de no hacerme la distraída cuando me mire en el espejo del aparador de roble que está frente a mi ventana. Allí recordaré mis temas pendientes, mis sueños aún realizables, a la ley de la vida que es una acumulación de círculos hacia el infinito...

Consultaré entonces a mi colorido y novedoso reloj pulsera, y le pediré con mi siempre resto de fantasía a la inolvidable “Hechizada“, que apure un poco más los pasos de mi amor, para que regrese bien prontito a casa.

Autora - María Cristina Galeano

Libro “Cosas que pasan”

cristinagaleano@netgate.com.uy